

extraordinario valor. Las hermanas estuvieron alojadas en las franciscanas de San Silvestre hasta que pudieron entrar en su propia casa; y el Padre Rozaven se hubo constante y fielmente con ellas ayudándolas con sus atinados consejos.

Muy de buena gana hubiera estado en Roma la Madre Barat para concurrir personalmente en esta fundación, más á consecuencia de enfermedades varias, especialmente de fiebres intermitentes, estuvo postrada mucho tiempo en cama. Su alma y su corazón estaban empero allá, haciendo gracias á Dios por sus dones y humillándose en su presencia á vista de su propia miseria. En una carta á la Madre Duchesne expresó una vez estos afectos de la siguiente manera: “Nos tienen estos grandes siervos de Dios (el Padre Santo y el nuncio de Su Santidad) por aptas para promover el honor de Dios; mas ¿para qué servimos nosotras? Los muchos, muchísimos beneficios que el divino Corazón nos otorga, pesan gravemente sobre mi alma y me oprimen contra la tierra.”

Á la Madre de Rozeville le escribía en el mes de agosto: “He escrito precisamente al Padre Santo, pero con esto no he dado al olvido la vaca que me prometéis de nuevo. Si á mí me hubieran dejado en mi lugar, no hubiera yo tenido en mi vida ningún otro empleo. Y ahora si nuestro instituto no se viene á tierra por mi culpa, agradezcámoslo á nuestro divino Salvador, que todo lo endereza y compone. Razón tenéis vos también para fiaros de él, ya que por más débil que sea el instrumento, está en las manos de Dios todopoderoso. Esta consideración me infunde

ánimo y alegría.”—No hay duda sino que los tormentos que humilde y pacientemente sufrió la Madre Barat, hubieron de atraer á esta fundación de Roma, que tan á pechos había tomado, muchas gracias particulares.

Cuando llegó la hora de abrirse el pensionado, la Madre Barat envió á Roma doce hermanas más, bajo la dirección de la Madre Charbonnel. Entre ellas había muchas muy hábiles en el magisterio. Ella misma no dejó un punto de estimular el celo de aquella comunidad; á la superiora, la Madre Causans, le escribió en estos términos: “El convento de Roma será sin duda el primero del instituto; pero esto mismo os obliga á ir delante de las hermanas con vuestro ejemplo.”

En esto consiste precisamente la cristiana ambición: en señalarse uno en la sólida virtud—en ser el primero en la presencia de Dios y el último ante los hombres.



#### CAPÍTULO OCTAVO.

#### LA FECUNDIDAD DEL INSTITUTO.

#### VIAJE PRIMERO Á ROMA.

LA larga enfermedad de la venerable Madre Barat, que no le dejó ocupar lugar ni puesto alguno en la fundación de Roma, vino á parar en una debilidad general, la cual tomó tales proporciones—París, mayo de 1829—que se le torció un pie de una caída, y en él recibió lesiones cuyo peligroso carácter sólo cedía á medios muy enérgicos. El pie se negó



á servir, y el espíritu de la enferma, tan vivo y activo, tuvo ahora que aprender prácticamente cuál sea la decadencia y forzado reposo de un estado en que el cuerpo no ayuda nada. Pero con alegre y serena resignación y con ánimo, como de costumbre, generoso, la Madre Barat sufrió con entereza también esta prueba; y acontecía que, en siendo su presencia necesaria en alguna parte de la casa, allá se hacía llevar en una banasta, muchas veces para enfervorizar en el servicio de Dios con una plática á las hermanas reunidas.

Así llegó el estío de 1830 con el alegre día de la gloriosa patrona de la enferma, el 22 de julio. La Madre Barat no podía ocultar su tristeza, porque la agitación política que reinaba en París, hacía temerlo todo. El Padre Varín procuraba por su parte alentar oportunamente á las novicias para que estuviesen preparadas á sufrir por el amor de Dios todos los trabajos que hubieran de sobrevenir.

Ya cinco días después, el 27 de julio, comenzó la alarma en las calles; á la mayor parte de las colegialas sus padres se las llevaron á sus casas: el 29 comenzó el combate. Por nada del mundo hubiera dejado la Madre Barat la casa de París, donde á la sazón residía; pero enferma y tullida como estaba, hubo de considerar que su presencia allí había de imponer á las hermanas mayor cuidado, y así se retiró con algunas de ellas á Conflans, no lejos de París, donde el arzobispo de París, Monseñor de Quelen, había puesto entretanto á su disposición una casa que allí mismo poseía. En aquel lugar retirado

la Madre Barat en compañía de una hermana pasó toda la noche en fervorosa oración, pidiendo en alta voz por la Iglesia y los servidores de ella. En esto se llevó á efecto rápidamente la célebre y funesta "revolución de julio"; el rey de Francia Carlos X tuvo que huir, mientras que su primo Luis Felipe, duque de Orleans, subía como "rey de los franceses" á un trono tantas veces conmovido.—Ya el 31 de julio, aunque todo estuviera aún en intranquilidad y excitación, tornóse la Madre Barat á la casa de París, que Dios había protegido en la contienda civil de aquellos últimos días, y allí procuró sostener el valor de las hermanas en aquella crisis temerosa. "Cierto," decía en una plática que les hizo algunos días después, "la monarquía ha caído, pero la Iglesia permanece en pie, y permanecerá eternamente. En ella estamos nosotras, queridas hermanas; ¡tengamos pues confianza! El bienestar terreno es para nosotras peligroso; por el contrario, las persecuciones y la tribulación yo no las he temido jamás."<sup>1</sup>

Pero no por esto olvidó la Madre Barat las reglas de la prudencia, que Dios le obligaba á guardar para con sus hermanas; el día 10 de agosto dejó á la comunidad de París para buscar con Madama Gramont en país extranjero una casa á propósito para el noviciado, la cual encontró en efecto no lejos de Stabayer, á cuatro leguas de Friburgo, en Suiza, en la reducida estancia señorial de Montet, edificio hallado ya antes felizmente por la Madre Charbonnel.

<sup>1</sup> Instrucción de 8 de agosto de 1830.



No bien hubo llamado la Madre Barat á sus novicias á Suiza, cuando parecieron señales de alarma en muchos de aquellos cantones; allí como en Francia el "partido radical" quería proceder contra las órdenes religiosas principalmente; y el caso pareció tan grave al obispo de Friburgo, que instó á tomar el camino de Saboya y del Piamonte (Chamberí y Turín), donde había casas de la orden, para seguridad propia y de sus hermanas. La Madre Barat en efecto, oído este aviso, se puso en camino el 19 de diciembre.

No bien hubo pasado el lago de Ginebra, cuando se cayó sobre el pie malo, y su estado se agravó tanto que el médico, cuando á duras penas llegó ella á Chamberí, juzgó preciso que guardara perfecto reposo. Recio fué este caso para ella en momentos precisamente de tan grande angustia, cuando hubiera debido servir con todas sus fuerzas á la Sociedad; pero la voluntad de Dios es siempre lo mejor. "Dios quiere que suframos," escribía el 2 de enero de 1831; "su divino Corazón ha sido abrevado en la amargura; ¿no será pues razón que gustemos nosotras alguna parte de ella?"

Fué aquel un tiempo sombrío, de dolor y angustia y política turbación. El pensionado de París fué preciso trasladarlo á Versalles; muchas otras casas fueron devastadas ó corrieron gran peligro, y la Madre Barat al abrir la correspondencia debió muchas veces pensar en las dolorosas sorpresas y exclamaciones de Job; su misma solicitud no la dejaba dormir. Pero se mantuvo entera y tranquila, y á pesar de las molestias de su estado—pues tenía que escribir

tendida y con el pie entablillado—evacuaba su pesada correspondencia y dirigía palabras vigorosas á sus hermanas animándolas al amor generoso y expiatorio de la cruz. Así á la Madre Giraud, superiora de Niort, escribía en 10 de enero: "El horrible crimen cometido en Niort, en la cima del calvario, ha inundado mi alma de aflicción. . . . Esa cruz hecha pedazos, esa imagen de Cristo mutilada, las tengo siempre sobre mi corazón. Mas pues el divino Salvador ha permitido que el pie izquierdo de ese crucifijo haya caído en nuestro jardín, veneradle humildemente y hacidle secretamente piadosas novenas para desagaviar al Señor por tamaño sacrilegio. . . . ¡Ah, qué castigos vendrán aún sobre nosotras!"—Á la Madre de Kersaint, en ocasión de ir á bordo en dirección á América: "¡Id ahí, querida hermana, bajo las velas de la santa obediencia! Jesús es vuestro piloto. . . . La inmensidad del mar va á separaros de todo lo que vos amáis. ¿Y qué vais á encontraros del lado allá del océano? Cruces, privaciones, pobreza, un calor abrasador, seguido de un frío glacial, hermanas de condición diferente de la vuestra, alumnas que difícilmente adquirirán los hábitos del orden y de la obediencia. Pero ¿qué hallaréis además de esto? El Santísimo Corazón de nuestro divino Redentor en que descansar. . . . Un Dios hecho hombre. . . . Pero en este punto prefiero callar. Vos, querida hija, lo habéis de tocar, y habéis de exclamar diciendo con San Francisco Javier: Más, Señor, más!"

En aquel tiempo, tan poco risueño, de su estancia en Chamberí, fué para la Madre Barat un verdadero



recreo el admirar la sublime belleza de los Alpes; complacíase también en que vinieran á ella con frecuencia pobres niños, singularmente el que ayudaba á misa en el convento, á quien reprendió alguna vez por haberle hallado en leves faltas respecto á los árboles frutales, mas á quien ahora daba todos los días de su desayuno, no sin que causase agradable sorpresa á las hermanas el creer notar que á su amada superiora se le había abierto el apetito.

Poco á poco se fué mejorando el estado de la Rev. Madre; y así en septiembre pudo regresar á Suiza para acompañar á sus novicias, que se trasladaban de su mansión provisional á la casa de Montet, la cual había menester de obra. Ocupaba esta casa una situación magnífica con vistas á tres lagos. La Madre Barat dejó á las Madres Charbonnel y de Coppens al frente del noviciado, y diez días después volvió finalmente á París (17 de octubre de 1831).

La incansable actividad que por aquel tiempo desplegó, fué y debe parecer maravillosa, sobre todo si se repara en la constante enfermedad que padecía. Apenas se vió en París, cuando después de prolijas discusiones, que ella misma había entablado, adoptó á una pequeña comunidad de catorce hermanas dedicadas á la enseñanza elemental, enviando á Annonay (departamento de Ardèche), donde vivían, á la Madre Prevost como á su representante. Estas doncellas hacía treinta años que vivían tranquila y santamente; se habían consagrado al Corazón de Jesús, y luego que tuvieron noticia de la Sociedad, procuraron ser incorporadas en ella.

El 10 de noviembre dejó de nuevo á París con el fin de visitar las casas del Mediodía, después de haber dirigido aquel mismo día una fervorosa circular á todas las casas sobre la necesidad de excitar y promover el celo del amor de Dios y del prójimo y de confirmar á las niñas en las verdades de la religión por medio principalmente de sólidas instrucciones. Aun no había llegado á Lyon, cuando cayó por tercera vez. Esta caída fué mucho más dolorosa que las dos anteriores, mas no por esto se abstuvo la Madre de viajar, y en carta á una de sus hermanas le decía medio chanceándose, que “acaso el demonio le daba aquí y allí algún empujón”.—En Lyon entró en medio de “somatenes, cañonazos y fuego de fusiles”, pues todavía se veían 40.000 obreros en insurrección no enteramente dominada.

Tal estado de cosas, combinado con una multitud de supuestas “profecías”, tenía en constante agitación á la mayoría de las gentes; pero la Madre Barat no se dejaba seducir de ellas; he aquí lo que escribía en 22 de diciembre de 1831: “Os reiríais de lástima si yo tuviera tiempo para referiros todas las bobadas que por aquí corren. . . . Las predicciones habían puesto los ánimos en expectación ante lo que había de acontecer los días 15, 16 y 17; pero sólo son engañadas personas que todo se lo creen; no así vuestra Madre, que está firme en el *Credo*, y al fin y al cabo el atenerse á él es lo más razonable.”

En Lyon fué donde la Madre Barat dió á las “hijas de María”, de que ya hicimos mención en el capítulo sexto, una organización estable. La moción para que



se formara esta congregación, vino de la Madre Lhuillier en Lyon, quien ya la había formado hacía años con las alumnas de las hermanas. La Madre Barat se alegró mucho de ver los primeros lineamientos, aunque débiles aún, de esta asociación, y á su instancia trazó el Padre Druilhet las constituciones de las hijas de María. "El fin de esta institución", dice el Padre Druilhet, "es ayudar con medios especiales á las mujeres y doncellas cristianas á perseverar en la fe, en la piedad, en las obras de caridad y en el cumplimiento de los deberes de su estado. Deben pues las hijas de María ser puestas en las prácticas de la oración y de oír la palabra de Dios, de recibir con regularidad y frecuencia los santos sacramentos y socorrer á los pobres con recursos comunes. La congregación está bajo la protección especial de la Inmaculada Virgen María, y se obliga á propagar la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. . . . En el consejo directivo, elegido por ella, habrá un director ó prefecto espiritual." El Padre Druilhet puso ante los ojos de las hijas de María, como norma de su conducta en medio del mundo, las palabras del apóstol Santiago (1, 27): "La religión pura é inmaculada delante de Dios Padre es ésta: socorrer á los huérfanos y á las viudas en sus tribulaciones, y preservarse de la corrupción del mundo." El 11 de febrero de 1832 el Padre Druilhet en una fervorosa plática á las hijas de María les puso de manifiesto el fin de su institución.

Todas las casas de las hermanas del Sagrado Corazón siguieron el ejemplo de las de Lyon; la nueva

congregación se extendió rápidamente, y no transcurrió largo tiempo sin que se viera favorecida y alentada por la aprobación pontificia.

La Madre Barat daba vueltas por entonces á otro pensamiento, en que se contenía un intento superior al cual no parece tener ningún otro la Sociedad del Corazón de Jesús, á saber: los ejercicios espirituales para señoras. No era ya bastante ofrecer las hermanas proporción de vez en cuando á esta ó aquella señora particular para renovar su espíritu. La Madre Barat escribía á la Madre de Limminghe, superiora en Turín (Aviñón, 28 de febrero de 1832): "Desde hace largo tiempo deseo que todos los años haya en nuestras casas ejercicios para mujeres, dirigidos respectivamente de un sacerdote. Este pensamiento viene ciertamente de Dios, y Dios le ha de bendecir. Páreceme que este medio es muy bueno para renovar á las clases altas en el espíritu de la fe. Haced todo lo que podáis; no perdonéis sacrificio alguno en obsequio de esta obra. El mundo discurre y pone en movimiento todas las trazas imaginables para el intento de perder á las almas; ¿pues por qué nosotras hemos de hacer menos para que se salven?" La Madre de Limminghe cumplió desde luego este deseo de la superiora general; su ejemplo fué seguido sucesivamente de las otras casas, y ahora es práctica general en todas las del Sagrado Corazón.

De Lyon partió la Madre Barat para Aviñón, donde tuvo noticia de haberse manifestado el cólera en París así como en otras muchas ciudades en que había hermanas del Sagrado Corazón. Con este motivo escribió



á la Madre Gramont, superiora de París, para que en la capilla se erigiese un altar á San Roque, y transmitió á todas las casas las instrucciones que se había proporcionado oyendo á los mejores médicos; ante todo no cesaba ella de orar y hacer que se orase con tal motivo, y se asoció al deseo del arzobispo de París, quien en una carta pastoral de 23 de abril procuró despertar la compasión cristiana en favor de los huérfanos que hiciera la epidemia. Así que fué leída la tal carta (27 de abril), escribió á la Madre de Gramont, manifestándole el deseo de que fuesen tomadas doce ó quince huérfanas en la casa de París, y con este deseo expresó la esperanza que “estas pobres niñas serían para el instituto una defensa contra la invasión del mal”.— La Madre Gramont lloraba de alegría leyendo esta carta, y la esperanza de la Madre Barat no resultó fallida, porque en ninguna casa del Sagrado Corazón murió nadie del cólera.

De Aviñón se trasladó pasando por Perpiñán á Aix en la Provenza, y en 4 de mayo escribió á la Madre de Gramont, que en esta ciudad no había podido negarse á admitir una institución de niñas casi salvajes, cargada de deudas, porque las niñas, cuando ella salió de Aix, habían corrido á su carruaje y clamado: “¡No nos desamparéis! ¡Vos habéis de ser nuestra madre!” Y así la buena de la Madre regresó algunos días después á Aix y se hizo cargo de aquella institución.

Los muchos trabajos y cuidados no habían destruído en ella el saludable influjo de la variación de aires y de su estancia en la región del Mediodía; estaba

mejor, aunque el trabajo del pie no cedía á ningún remedio, y como religiosa claustral no podía someterse á un tratamiento médico en ningún establecimiento de baños. Mas como la superiora de la casa de Turín, la Madre de Limminghe, le instaba á que fuese á ella mirando por su salud, la Madre Barat se puso en camino para Turín el día 22 de mayo.

Si en las últimas páginas hemos referido los trabajos y viajes de la sierva de Dios, deteniéndonos más que en las anteriores, donde dejamos en blanco el origen de las casas de Le Mans, Autún, Besanzón, Metz, Chamberí, Turín, Burdeos, Aviñón y otras, así como la institución de la misión en la América del Norte bajo la dirección de la Madre Duchesne, ni mencionamos las dificultades que surgieron en Grenoble bajo el régimen de una superiora piadosa pero poco discreta, porque el reducido cuadro de esta biografía no lo consiente; si aquí, decimos, nos detenemos más, es porque en los cuidados y trabajos de la Madre Barat se muestran de un modo característico su fortaleza y abnegación. En todo lo demás nos remitimos á la vida de la Madre Barat escrita extensamente por el ilustre abate Baunard.

\* \* \*

Feliz fué la expedición á Turín de la Madre Barat y de la Madre Limminghe, aunque no exenta de peligros, desde Niza, en la cresta de la montaña llamada Col de Tenda, que la Madre Barat pasó en un trineo y la Madre Limminghe yendo por medio de la nieve apoyada en un bastón de los Alpes.



Muy dichosa se consideraba la Madre Barat en el claustro de Turín. La fisonomía de la gracia en la Madre de Limminghe tenía gran semejanza con las ideas de la Madre Barat, y así entre ellas reinaba la más perfecta inteligencia. Fué la Madre de Limminghe el puente por donde nueve años antes habían tornado de Gante al instituto del Sagrado Corazón la Madre Peñaranda y muchas otras después de la disgregación ocurrida en 1814. Ardiente celo desplegó asimismo la casa de Turín, siguiendo los sabios consejos del Padre Villefort S. J.; y tanto en el pensionado principal como en la escuela de niñas pobres reinó el espíritu de una piedad sólida y sincera. Todas ahora acudían fervorosas á Nuestra Señora de los Dolores, por quien tenía especial devoción la Madre Limminghe, pidiéndole que devolviese la salud á la Madre Barat; y como el célebre D.<sup>r</sup> de Rossi se resolviera de repente á hacerle una operación en el pie, á la cual se siguió la salud con tal prontitud que el mismo médico declaró auténticamente y por escrito, que “él había sido en esto mero instrumento de la omnipotencia divina”, la Madre Barat, arrinconadas ya sus muletas, se dirigió al altar de la *Mater dolorosa* para dejar allí su *ex voto*, y llena de gozo escribió á la Madre Giraud: “Alabemos al divino Salvador y á la bienaventurada Virgen María, que tantas maravillas obran en un país que conserva inmaculada su fe, y—si me es lícito decirlo—en una casa en que María es amada sobre todas las cosas. Ella protege nuestro claustro; lo cual se echa de ver en el celo que á todos, grandes y pe-

queños, les anima, y en las gracias que llueven sobre esta casa.”

Habiendo recobrado la salud, la Madre Barat pasó algún tiempo de estío en el Casino, quinta solitaria, situada en medio de un hermoso jardín, donde por ese tiempo resonaba el canto de los ruiseñores; de la cual habían hecho donación á las hermanas el marqués de Barolo y su esposa. En el mes de julio hizo sus ejercicios anuales. Estando en ellos, y después en Turín, se maduró en su ánimo un pensamiento que ya venía revolviendo en la mente hacía muchos meses: tomó la resolución de ponerse bajo la obediencia de la Madre de Limminghe en todo lo que tocase á su persona, cual si esta Madre fuera superiora de ella, de forma que á ella había de acudir la Madre Barat en tales cosas para obtener el mismo permiso que las demás religiosas tenían que pedir á su respectiva superiora.

La casa de Turín no solamente fué testigo de la alta estima en que tenían á la Madre Barat las personas reales, especialmente la princesa María Cristina, que pocos años después, siendo reina de Nápoles, murió en olor de santidad (y cuyo proceso de beatificación sigue su curso), sino además pudo gozarse en el particular amor que profesaba á todas, incluso las más tiernas niñas, la muy celebrada superiora general; amor ajeno de vana zalamería. Sucedió el caso que una de las maestras andaba con sobresalto y pena porque dos niñas de cuatro años habían estado en la iglesia durante los oficios sin el respeto debido. La Madre Barat se sonrió al oír esta queja, y ordenó



que el domingo inmediato fueran las tales niñas á sentarse en la iglesia en un banquillo delante de la silla de coro de la superiora general. Esta manera de penitencia la estimaron ellas por distinción muy honrosa, y su alegre gratitud y su mismo apresuramiento en rezar se hacían manifiestos en el semblante y en los ademanes durante todo aquel tiempo, tanto que indignada dicha hermana habría echado veinte veces á las colegialitas de la iglesia. Pero la bondadosa Madre le dijo amigablemente: “¿Por qué echarlas? Esas dos niñas se me han representado como dos corderos que saltan y brincan delante del Señor; y he pedido al amable Jesús, el grande amigo de los niños, que conserve en ellas la sencillez y la inocencia. Si el Señor usara con nosotras de rigor, ¡cuántas veces nos echaría de su presencia!”

¡Cuánto se hubieran agradado las hermanas y las niñas en tener consigo á la amorosa Madre! Ella también sintió duelo en su corazón al despedirse de ellas cuando en el mes de octubre de 1832 hizo su primera y anhelada excursión á Roma. Allá llegó el 25 de dicho mes en compañía de la Madre de Liminghe, pasando por Loreto, para establecer en la misma Roma un noviciado, cumpliendo los deseos manifestados por Gregorio XVI. El Padre Santo la honró extraordinariamente visitándola en su propia religiosa morada, supuesto que ella por efecto de una quemadura no podía salir. “No puedo expresar lo que sentí á la entrada del Sumo Pastor”, escribió con este motivo; “sentíme dominada de mis propios afectos, los cuales eran empero todo dulzura

y paz, pues sólo oía palabras de bondad é interés.” El Padre Santo la levantó al querer ella arrodillarse en su presencia, y conversó con ella con la mayor complacencia acerca de la Sociedad del Sagrado Corazón, diciendo entre otras cosas, que deseaba muy de veras el aumento de un “instituto tan útil, tan bien formado y tan bien dirigido”.

En los ojos de la Madre Barat y de la congregación fué este juicio tanto más importante cuanto que Gregorio XVI, cuando como simple cardenal Cappellari tuvo que examinar los estatutos, no estuvo por que fuesen aprobados, bastando únicamente en su sentir el decreto en que habían sido alabados. Este austero monje camaldulense, siendo ya Papa, manifestó después lo que sentía en las siguientes palabras dirigidas al Padre Massa: “Mi espíritu rigurosamente monástico no me permite aprobar muchas cosas de este instituto; pero su regla trae su origen de Dios, y no quiero yo alterarla.”

El noviciado debía de ponerse “del lado allá del Tíber”, en la pobre y vetusta “Trastévere”, que era de fidelidad proverbial, y en el antiguo convento de Santa Rufina, que había hecho suya la Sociedad mediante el auxilio de la marquesa Andosilla. Algunas religiosas de una orden dedicada á la enseñanza y ya casi extinguida vivían todavía allí, á quienes se dejó una parte del antiguo edificio, asegurándoseles además una pensión fija con que atender á la precisa subsistencia. Hasta que se halló dispuesto el monasterio de Santa Rufina, estuvieron en Trinità dei Monti las hermanas que habían venido de Montet y Turín; ahora había allí



también postulantas, á diez de las cuales dió el santo hábito la Madre Barat el 27 de diciembre de 1832. De estas primeras novicias romanas la Madre Barat, que admiraba en ellas el pleno vigor de la fe romana, escribía: “Las romanas señaladamente son modelos; no corren sino vuelan en el camino de la perfección. ¡Italia continúa siendo la tierra de los santos!” (17 de enero de 1833). Á este noviciado romano púsolo la Madre Barat bajo el patrocinio de Nuestra Señora de los Dolores el día en que la Iglesia celebró aquel año esta fiesta (28 de marzo).

Dispuesta ya la casa claustral en Santa Rufina con su escuela para pobres, y resueltas innumerables dificultades, después de los ejercicios anuales que dió á las novicias el insigne Padre Barelle, prefecto espiritual del Colegio Romano, ya pudo hacerse y se hizo en efecto la traslación del noviciado de Trinitá á Santa Rufina el 6 de mayo de 1833. Con el mayor silencio y en pequeños grupos se trasladaron las hermanas á su nueva morada. Días antes la Madre Barat, en aquel estilo que le era peculiar, les auguraba la dicha de que habían de establecerse en aquella la más pobre porción de la ciudad eterna. “Nada es más pobre”, escribía, “que el Trastévere; y son despreciados los hijos de este *poblacho*, como algunos son osados á llamarle. El Señor nos preserve á nosotras de tenerlos por viles. Ya en el orden meramente natural merecen los trasteverinos particular estima como los últimos y genuinos descendientes que son de los antiguos romanos; y hace poco que se han mostrado dignos de tan noble alcurnia

defendiendo al Papa con peligro de su vida. . . . ¡Qué nobleza de alma se echa de ver en su fe proverbial! . . . Entre las niñas de este pueblo hallaréis muchas que pueden llegar á ser grandes santas.”

El pueblo romano, el carácter genuinamente romano ejercía verdadero atractivo en la Madre Barat, aunque no en razón de sus clásicos monumentos y bellezas, en que tanto abunda la “ciudad eterna”. “En los días de mi juventud”, escribía á su sobrino, “todo esto me hubiera entusiasmado, pero todo pasa. . . . Sólo Dios es grande é inmutable; en Roma veo yo más claramente que en ninguna otra parte esta verdad.”—En cambio visitó con gran devoción y la más intensa consideración las principales iglesias y monumentos, á lo cual la animó el Padre Santo. En cada una de las gradas de la Escala santa, de rodillas, recomendaba al divino Salvador, mediante los méritos de su dolorosa pasión y muerte, á una de las casas de la Sociedad, y se sintió profundamente conmovida al considerar los inmensos sagrados tesoros que allí hay; aunque “en estas cosas no está la santidad”, escribía á una hermana; “sino hemos de padecer y llevar nuestra cruz: éste es el don grande que Dios nos hace.”

En el convento de San Dionisio visitó la Madre Barat á la que fué superiora en Amiens, la señora Baudemont, visita que hizo en ella y sus compañeras una impresión favorable; fuera de esto la venerable Madre Barat guardaba el mayor retiro posible sin aceptar ninguna invitación, si bien era visitada, no pudiéndolo ella impedir, por las principales familias



francesas y otras personas de elevada alcurnia, entre ellas muchos cardenales. Gregorio XVI le dió pruebas de especial benevolencia, entre otras la de haberle preparado en el Vaticano un pequeño oratorio desde donde pudiera ver los solemnes oficios pontificios en la semana santa. La escena del lavatorio causó profunda impresión en su ánimo; muchos años después la refería á sus novicias. Y en la audiencia de 1º de febrero fué tal la bondad con que se hubo con ella el Padre Santo, que poco después la misma Madre escribía: “¡Con cuánto agasajo y amor nos ha recibido el Padre Santo, es decir, el Representante de Jesucristo en la tierra! Llenas están aún nuestras almas de santo consuelo.”—En esta audiencia la marquesa Andosilla significó el deseo de que la Madre Barat se estuviera como vinculada en Roma; pero Gregorio XVI le replicó: “No, á los generales de las órdenes religiosas no se les sujeta con cadenas.” Palabras que tuvieron particular significación después, en el curso de la vida de la sierva de Dios.

Por aquel tiempo se separaron del abate Lamennais muchos de sus grandes admiradores en razón de no haberse querido él sujetar sencillamente al juicio de la Iglesia. Entre ellos andaba el célebre Padre Lacordaire, dominico, á quien la Madre Barat felicitó por haber publicado su “carta sobre la Sede Apostólica”. Á la que le escribió esta Madre con esto motivo, el Padre Lacordaire atribuyó extraordinario valor, “pues que venía de una persona muy amiga del Papa”.

La morada que hizo en Roma la Madre Barat, tocaba ya á su fin. Antes empero de dejar á la ciudad

santa solicitó y obtuvo (29 de mayo) una audiencia de despedida del Padre Santo, en la cual le manifestó el deseo de recibir algún escrito suyo. El Papa satisfizo este deseo aun más cumplidamente de lo que era de esperar; ¡y cuál no fué el gozo que experimentó la Madre Barat cuando dos días después le fué entregado un breve del Representante de Jesucristo! “Ya Nuestro antecesor León XII, de santa memoria”, se dice con encarecimiento en este breve, “fijó su mirada con paternal benevolencia en la Sociedad de las hermanas del Sagrado Corazón de Jesús que con tantos afanes ha logrado fundar y hasta ahora ha gobernado con tanta prudencia Nuestra muy amada hija. . . . Asimismo Pío VIII, de feliz memoria, sucesor de León XII, habló de ella con singular complacencia. Nos, que sin merecimiento alguno de Nuestra parte hemos sido elegidos por consejo de la divina Providencia para continuar el pontificado, no podemos mirar con otros ojos á esta Sociedad. Después de examen prolijo y á vista de nuevos y muy favorables informes que de todas partes llegan á Nos, tenemos razón para esperar de ella bienes siempre mayores. Para que de ellos participe esta ciudad, Nos ha parecido bien abrir una segunda casa de esta Congregación, y dar á la superiora general con ocasión de su estancia en Roma, adonde ha venido para visitar este monasterio, cumpliendo con las reglas de su instituto, por medio del presente escrito una prueba de Nuestra satisfacción. Sea este testimonio para ella y para todos los miembros de su Sociedad un estímulo que las mueva á agradecer siempre más y más



en humildad de corazón al divino Esposo el bien que el Señor se digna de obrar por medio de ellas, y para que todas se afanen á la vez con el auxilio de la divina gracia en proceder por la senda de la virtud y en la obra laboriosa de su vocación. Nos pedimos á Dios que les conceda la abundancia de sus gracias, y Nos encomendamos á sus oraciones. Finalmente les otorgamos de todo corazón, así á ella como á sus hijas y á las alumnas confiadas á su cuidado, Nuestra paternal y apostólica bendición.

“Dado en Roma, en San Pedro, á 1º de junio de 1833, año tercero de Nuestro pontificado.”

Ya en 3 de junio, un día después de haber recibido el breve, la Madre Barat se puso en camino con dirección á Francia pasando por Parma, Turín y Chamberí. En la primera de estas tres ciudades la detuvo mucho tiempo la que fué emperatriz de los franceses, María Luisa, que había determinado fundar una casa del instituto con pensionado para hijas de la nobleza; y pidió á la Madre Barat que emprendiese esta obra, para la cual ofrecía un convento al lado de su palacio. La Madre Barat vino en ello para el año próximo con dos condiciones: que á las antiguas religiosas de aquel decadente monasterio que aun quedaban en él, se les asegurase alguna pensión con que vivir; y que junto al pensionado hubiera una escuela de niñas pobres encomendada asimismo á las hermanas del Sagrado Corazón.

En Chamberí hizo la Madre Barat sus ejercicios bajo la dirección del mortificado sacerdote de la misión señor Favre, el cual se quedó tan prendado

del espíritu de penitencia de la Madre Barat, que la tuvo y reconoció por santa, pues que “le gustaban las obras de penitencia tanto como á otras personas el azúcar”.

Antes que la Madre Barat partiera de Chamberí, notificó á todas las hermanas por medio de circular la apertura del quinto consejo general que había de celebrarse el próximo día 29 de septiembre en París, y juntamente el breve de Su Santidad de 1º de junio, en el cual veía ella nueva ocasión para crecer en celo; en tiempos, decía, tan agitados como los nuestros, este celo es más que nunca necesario á todos los que aman á Dios. “Si hubierais visto”, escribía, “las penas que sufre el Vicario de Jesucristo, sin duda os encenderíais en celo por vuestra propia perfección.”

La Madre Barat visitó asimismo muchas casas en Francia y la de Montet, y el 12 de septiembre regresó á París con gran contento de las hermanas de toda la casa, que dos años antes la habían visto partir enferma y medio coja, y ahora la veían entrar sana y llena de vigor.



#### CAPÍTULO NOVENO.

#### CONTRADICCIONES DENTRO Y FUERA.

LOS años que ahora siguen de la vida de la venerable Madre Barat, forman una cadena no interrumpida de trabajos, viajes, fundaciones, etc., cosas todas ellas consiguientes al oficio de superiora general de una Sociedad que en poco tiempo tomó tanto